

amarán también ellos; sí, me amarán por toda su vida; ¿no cree Ud. que me amarán? . . .

El niño Jesús hablaba; mas la puerta se mantenía cerrada.

— ¡Ah! Os lo ruego, señor Prefecto, abridme. . . . Soy el niño Jesús. . . . ¡Si supieseis cuánto amo á estos niños! ¡Abridme! ¡abridme, por caridad! . . .

Y la puerta se abre; y una voz estentórea dice:

— Seguid vuestro camino: esta casa es una escuela neutra: conforme á la ley, *para vosotros no puede haber lugar: Non erat eis locus in diversorio.* (Evangélio según San Lucas II. 7.)

Y todas las alegrías de esta noche desaparecieron del corazón de Jesús, como desaparecen tras de una oscura nube las brillantes estrellas del cielo azul.

— ¡Madre!, dice, vámonos. . . . ¡Ah!

Y se retira embargado de tristeza. Lloro. . . . Pobrecito niño Jesús!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO)

IMPRESA DE "EL CATECISMO"

CALLE DE BALVANERA, NÚM. 18.—MÉXICO.

En este Establecimiento se desempeñan con *Esmero, Prontitud y Corrección*, toda clase de trabajos tipográficos.

Puntualidad y Precios moderados.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Hemos dicho que Dios nos *ha hecho capaces de participar* de los inmensos tesoros de la Iglesia, porque esta doctrina no obstante su exactitud y verdad, en general, tiene sus reservas y sus límites; pues debéis saber que no todos los fieles participan indistintamente de los bienes espirituales de la Iglesia, ni todos los que participan lo alcanzan en el mismo grado.

En primer lugar, no todos los fieles participan, sino únicamente aquellos en cuyo corazón reinan la justicia, la caridad, la gracia santificante; pues se le llama *comunión de los santos*, no sólo porque todos los fieles estamos llamados á la santidad, sino porque en ella tienen participación únicamente los que son santos, esto es, los que viven unidos á Dios por la caridad.

Que los infieles, los herejes, los cismáticos y los excomulgados se hallan excluidos de la participación de los bienes y de los méritos que circulan en la Iglesia, es evidente, puesto que están separados de su cuerpo. En cuanto á los pecadores, aunque

unidos á este cuerpo, tampoco gozan de la comunión, por la razón clarísima que San Pablo nos presenta en aquella comparación de que hemos hablado, á saber: Para que un miembro participe de la vida del cuerpo, no basta que se halle unido á éste; se necesita además que sea miembro vivo. Una mano, un pie, un brazo paralizados, se mantienen unidos al cuerpo, y con todo no pueden recibir ningún influjo vital, privados como están de sentimiento, de movimiento y de todas las demás ventajas de los miembros que se hallan en estado normal. Del mismo modo los pecadores, se mantienen exteriormente unidos al cuerpo de la Iglesia, pero en calidad de miembros muertos; por lo cual no pueden tener parte en el Espíritu divino que la anima.

Esto es lo que Jesucristo nos enseña en el Evangelio, cuando se compara á la vid de la que somos nosotros los sarmientos. Así como las ramas muertas ó separadas de la vid no pueden recibir de ella vigor, nutrición y vida, así nosotros no produciremos ningún fruto meritorio de vida eterna sin estar unidos á Jesucristo por la caridad interior. Y si no podemos merecer para nosotros mismos, á causa de nuestro estado, ¿podremos merecer para los demás? No, ciertamente: ningún provecho alcanzaremos mientras conservemos en el corazón el veneno que tiene á nuestra alma en estado de muerte. Cier- to es que siempre hay ventaja para los pecadores en hallarse unidos al cuerpo de la Iglesia; pues un miembro pegado al cuerpo puede revivir, si desaparece

la causa que le dió la muerte; y puede entonces recobrar sus funciones vitales. Igualmente el pecador, unido todavía á la Iglesia por la profesión de la misma fe, por el derecho que conserva á los sacramentos, por la asistencia á los actos religiosos, misas, instrucciones y oraciones, recibe poderosos auxilios interiores y exteriores que le ayudan á recobrar la vida del espíritu.

Decimos, sin embargo, que durante este estado de muerte espiritual no tiene parte alguna en la comunión de los santos, excepto las oraciones y los sacrificios que la Iglesia ofrece por él.

Sin hablar de otras muchas razones poderosas, como la del peligro de condenación eterna á que está expuesto, esta sola reflexión debería conducirle á purificarse por medio de una buena confesión, á fin de participar del tesoro de méritos acumulados en la Iglesia.

Hemos dicho, en segundo lugar, que ni los justos participan igualmente de los bienes espirituales. Y en efecto, cada uno recibe según las disposiciones mayores ó menores en que se encuentra; del mismo modo que los miembros de nuestro cuerpo participan más ó menos de la vida de éste, según que gozan de vigor más ó menos grande y de salud. El cristiano que tiene más fervor y caridad, que trabaja más que otros para aumentar el tesoro de la Iglesia por sus buenas obras, recibe más que los otros: *Porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá más.* (San Mateo XXV. 29.)

Error funesto y gravísimo sería el que dijeseis: —¿Á qué cansarnos en practicar el bien, si al fin por la comunión de los Santos, todo cuanto se practica en la Iglesia pasa á ser común á los demás? Echémonos mejor, sin trabajo alguno, á cuestras de los otros y aprovechémonos de sus fatigas.— ¡Funesta ilusión! porque si cooperáis poco, poco también alcanzaréis; del mismo modo que en los contratos de compañía entre comerciantes, la ganancia no se reparte nunca con igualdad entre todos, sino en proporción al capital que cada uno ha puesto. Además: los teólogos enseñan que en toda buena obra hay frutos: uno general, del que participan todos; otro especial para la persona á quien queremos aplicarlo; y otro especialísimo para quien practica la obra, y este fruto tiende á la santificación personal del mismo que la ejecuta. Por donde se ve que las buenas obras de otros no pueden aprovecharnos si quedamos inactivos.

En resumen, la participación á los méritos no ha sido dispuesta por Dios para fomentar nuestro abandono, sino para subvenir á nuestra pobreza y ayudar nuestra debilidad. Lejos, pues, de servirnos de pretexto para eximirnos de practicar la virtud, ha de ser un aguijón y un estímulo á nuestro fervor.

Hemos hablado hasta aquí de la comunión que une á los miembros de la Iglesia militante sobre la tierra. Veamos ahora la comunión que nos une con los santos del cielo y con las almas que padecen en el Purgatorio.

Nuestra relación con los santos del cielo consiste en que les honramos con nuestro culto, nos gozamos de su felicidad como si fuese nuestra, y damos gracias á Dios por los dones que se dignó concederles y la gloria con que les ha enaltecido.

Ellos, en cambio, nos miran como sus hermanos, desean que algún día les acompañemos en el cielo, interceden por nosotros á Dios, inquietanse por nuestra salvación y toman parte en los combates y en los peligros á que nos ven expuestos en la tierra. Mientras vivieron en el mundo, amaron al prójimo y rogaron por él; pero le aman mejor en el cielo, donde la caridad es perfecta, y piden por nosotros con fervientes súplicas ahora que su valimiento es poderoso delante del Señor.

Que los santos son nuestros intercesores, nuestros protectores y abogados ante el trono de Dios, es una verdad de fe acerca de la cual no cabe la menor duda; es verdad fundada evidentemente en las santas Escrituras, y en ella se apoya la invocación de los Santos, la práctica saludable de pedirles que nos alcancen el auxilio divino y los bienes así corporales como espirituales que necesitamos. Es indudable que en cualesquiera casos podemos recurrir á Dios inmediatamente y que Dios está siempre pronto á escuchar nuestras oraciones; pero nos valemos de los Santos, porque estamos ciertos de que sus ruegos son más gratos al Señor que los nuestros; unimos nuestras súplicas á las de aquellos bienaventurados, no por desconfianza en la bondad divina, ni

por falta de fe, sino por la seguridad de que su intervención es grata á los ojos de Dios.

Así como los Santos del cielo ruegan por los fieles de la tierra, así también ruegan éstos por los fieles que padecen en el Purgatorio; y á la verdad que con los medios que la divina Providencia ha puesto en nuestras manos, podemos aliviarles en mucho abreviando la duración de sus penas y acelerando su entrada en el cielo; ellos á su vez, nos pueden alcanzar y nos alcanzan importantes beneficios espirituales y corporales.

Baste por ahora indicar esta verdad, que con ayuda de Dios explicaremos detenidamente en otra ocasión.

En resumen: la Iglesia triunfante se interesa por la Iglesia militante, y ésta por la paciente; de lo que resulta la más admirable armonía en todo el cuerpo místico de la misma Iglesia, armonía que se llama *Comunión de los Santos*.

¡Maravillosa Providencia de Dios que ha sabido unir tan estrechamente entre sí á todos los miembros de su Iglesia y procurarles la más perfecta comunicación de bienes espirituales! Aprovechémonos de este riquísimo caudal, y para esto debemos:

1.º Cuidar de vivir siempre en gracia de Dios, á fin de no hallarnos privados del mérito de las buenas obras que se practican en la Iglesia. Si nuestra fragilidad nos hace caer en alguna falta grave, apresurémonos á purificar nuestra alma para volver á la participación de aquellos bienes; y para recibir-

los con mayor abundancia no nos limitemos á sólo vivir en gracia; entremos en un santo fervor que nos haga afanosos por el bien, fecundos en obras de piedad y de religión y, por lo mismo, más aptos para recibir copiosamente parte de los méritos de los demás.

2.º Debemos honrar á los Santos y encomendarlos á su intercesión, pues que tenemos necesidad de sus auxilios. Si anhelamos nuestra salvación, si nos preocupa como debe grandemente preocuparnos nuestra eterna felicidad, debemos poner en práctica para conseguirla todos cuantos medios, los más eficaces, nos suministre la religión para asegurarla; y uno de estos medios es la intercesión de los Santos; porque la voluntad de Dios es que rueguen por nosotros y nos alcancen las gracias divinas, á manera de agentes y cooperadores de nuestra salvación.— Importa, pues, merecernos su protección respetándolos, amándolos é invocándolos.

3.º Debemos hacer cuanto podamos por aliviar á las almas del Purgatorio para que algún día seamos nosotros igualmente favorecidos. La misma proporcionalidad que se observa acá en la tierra para la participación del tesoro de la Iglesia, se guarda después de la muerte en los sufragios á favor de las almas que están en el Purgatorio; pues no reciben los difuntos iguales partes de refrigerio, sino cada cual una parte proporcionada á la caridad con que, mientras estuvo en el mundo, trató á las benditas ánimas: *Con la medida con que midiereis, os volverán á me-*

dir. (San Mateo, VII. 2.) Algún día pediremos los sufragios de los fieles que vivan (si no permite Dios que nuestra mundana vida tenga una muerte sin esperanza); pero serán inútiles nuestros clamores si la indiferencia ó la avaricia para con los muertos, nos hace indignos de recibir después el menor consuelo. Seamos, pues, generosos ahora para recibir entonces la recompensa.

MORAL

LAS MALAS LECTURAS.

(CONTINÚA.)

No conduciría en manera alguna á nuestro propósito, que nos pusiéramos á disertar acerca de la naturaleza, tendencias y fin de la novela: quédese tan curioso objeto para los eruditos. Pero sea cual fuere la doctrina que se adopte, cada uno seguirá la opinión que le parezca más razonable, conviniendo todos en un punto indiscutible porque en él va de por medio el bien de la sociedad: *la novela no puede, no debe ser para corromper las costumbres.*

Y sin embargo, el naturalismo moderno hábilmente manejado por muy pocos ingenios discretos, respetuosos; ha abierto también las cataratas del vicio para ahogar á la sociedad en un diluvio de cieno. Ahí está una multitud incontable de hombres viciosos que, incapaces de apreciar los encantos puros y celestiales de la virtud; no saben otra cosa que pintar en lenguaje decadente los vicios y hacer la apo-

logía de los criminales. Ahí está esa multitud inmensamente mayor de novelas que llenan los estantes de las tiendas de libros y que van á formar ¡la biblioteca de la familia!, van á andar de mano en mano entre los jóvenes ociosos.

La lectura de la buena novela (téngase en cuenta que hablamos de la *buena* novela por su objeto y por su forma), sería sin duda un honesto pasatiempo, quizá contribuiría á perfeccionar el lenguaje de los lectores y no nos parecería extraño que pudiera corregir algún defecto y hasta producir algún amor á tal ó cual virtud; pero no podemos aprobar que sea la única ocupación del tiempo, del preciosísimo tiempo que diariamente reclaman la piedad, el taller y en todo caso los grandes intereses de nuestra vida intelectual, moral y física, de la familia y de la sociedad. Además de que, no nos fiamos del criterio individual para la elección acertada en esa clase de libros: primero, porque el mal es siempre sugestivo, tentador, capcioso é hipócrita; segundo, porque hay una sentencia del Espíritu Santo que nos autoriza para creer muy raro el buen criterio: *stultorum infinitus est muneras*. Observad con atención y hallaréis la ineludible prueba de la experiencia.

¿Y los periódicos? Decid si os place que deben ser el reflejo del movimiento intelectual y moral de cada época, el vehículo de propagación de las ideas, el riquísimo tesoro que servirá para la construcción de la historia. No habéis dicho todo lo que hay en realidad. Lo cierto es que de todo abusa el hombre

y que, si no se pone un dique poderoso á los abusos, forman éstos una corriente impetuosa que sólo Dios pudiera contener. Se abusa horriblemente del periódico. La libertad mal entendida de la prensa, esa libertad creada é implantada por el liberalismo, ha roto el freno de todas las pasiones y ha sentado como principio la impunidad del escándalo.

Mal tan grave cuyos estragos estamos palpando, parece que por ahora no tiene remedio; porque á la voz y á la acción autorizada de la Iglesia y de la conciencia se oponen mil obstáculos: siendo los principales, que todos los gobiernos se empeñan en sostener, no sabemos si por ambición ó por miedo, el libertinaje que ha invadido á la imprenta; que los padres de familia se descuiden de conservar la inocencia de sus hijos, de apartarlos de toda suerte de peligros y de procurar su verdadero y feliz porvenir para esta vida y para la eternidad.

Seamos justos: se ha creado ya una necesidad ingente del periódico, y hay de todo en ese campo, *sum cuique*.

Hay revistas de ciencias, de bellas artes y de artes mecánicas; hay periódicos religiosos, políticos, comerciales y noticieros; pero dentro de esta general é imperfecta clasificación hay una infinita variedad como en las fisonomías. En eso hay no poco de bueno que representa el progreso actual y prepara el futuro, y hay mucho de malo que arruina el edificio moral en los individuos y en los pueblos.

Quizá los periódicos que se sostienen con más apa-

rato, los que tienen mayor circulación, son aquellos en que se explota la más vana y perversa curiosidad; aquellos en que hay más ligereza, más desenfado y menos criterio para tratar las más arduas cuestiones religiosas y políticas; aquellos que no son ni con mucho el reflejo de la ciencia y de los genuinos intereses de la sociedad, sino la crónica de la impiedad y del vicio, el eco de todos los escándalos.

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

EL LUGAR DEL PADRE.

— ¿Es Ud. cristiano, amigo mío, y conoce todos sus deberes de cristiano?

— Sí, señor, los conozco.

— ¿Usted cree que, *sin gravísimas razones*, un verdadero cristiano pueda enviar sus hijos á la escuela sin Dios?

— ¿Por qué no? En eso no veo ningún mal.

— Pero, olvidáis aquellas palabras de Cristo: *El que no está conmigo, está contra mí. . . . ¡Dejad á los niños que vengan á mí! . . .*

— No, no olvido esas divinas expresiones. Y si es verdad que el maestro de la escuela no conduce mis hijos á Dios, también lo es que yo mismo me tomo ese cuidado. Sí, señor, como Ud. lo oye. Y no sólo yo, también mi mujer, que en esos achaques lo en-

tiende muy bien; los dos obligamos á nuestros hijos á rezar sus oraciones de la mañana y de la noche; les enseñamos el Catecismo; les damos ejemplo de asistir á la Misa, de frecuentar los sacramentos.

— Pues quiero conceder á Ud. que así sea y que en efecto ponga con su esposa un cuidado perseverante, semana por semana, mes por mes y año por año en todo aquello de oraciones cotidianas, Catecismo, Misa, etc.; y me parece si he de decir lo que siento, que ya es mucho conceder; porque ¡ay amigo! para perseverar invariable en esas tareas, y no abandonarlas nunca, ni siquiera interrumpirlas con cualquier pretextillo y aun sin él. ¡hum! ya, ya se necesita carácter, y santo temor de Dios, y esmero muy delicado, y firmísima resolución de cumplir sus obligaciones á toda costa! Pero, así y todo, ¿piensa Ud. que con ello sería bastante?

— ¡Oh! eso sí. No hay duda. El maestro ocúpese en buena hora de *instruir* á mis hijos, que yo me cuidaré de *educarlos*.

— ¿Supone Ud., pues, que la instrucción y la educación pueden sin inconveniente alguno separarse? ¿No teme Ud. que la escuela neutra — si en efecto es neutra — y el maestro neutro, y neutros los condiscípulos, y neutra la atmósfera, no teme Ud., digo, que esa *abstinencia de Dios* que impone á sus hijos les cause estragos en su constitución moral, estragos que acaso no sea bastante á reparar el alimento, aunque sano, que Ud. les da en el hogar? ¿Se figura Ud. que el Dios que sacó el mundo de la nada y

que ha exigido siempre llenarlo todo, ahora, por acomodarse á nuestros antojos, va á consentir en quedarse tan arrinconado como le quiere poner la escuela atea?

Á lo que advierto, aun no conocéis las palabras que un eminente Cardenal escribió no hace mucho, á un ilustre Arzobispo y que publicaron muchos periódicos. Porque vienen de molde al caso, oídlas: *Hay quienes piensan que las escuelas neutras no son peligrosas y que pueden ser enviados á ellas los niños sin ningún temor. Pero no; porque el simple hecho de que tales establecimientos excluyan de su programa la verdadera religión y cualesquiera otras creencias, ya origina un gravísimo mal á la religión que deja de ocupar el alto puesto que le corresponde en la vida humana, especialmente en la educación de la juventud. Ni es exacto decir que los padres pueden suplir en particular la enseñanza religiosa que debería formar parte del programa escolar.*¹

¿Qué le parece á Ud., mi amigo? ¿Qué contesta Ud. ahora?

— ¡Diantre! ¡diantre!

— ¡Duda Ud. todavía! Pues si le parece que pongamos puntos más redondos, si cabe, sobre las ies, allá va esa historia:

Almorzaba yo cierto día con uno de mis camaradas, excelente sujeto, como Ud.; pero ¡ay! por desgracia desprovisto de sentido cristiano. En no pocos

¹ Carta del Cardenal Ledochowski, Prefecto de Propaganda, al Señor Langevin, Arzobispo de Quevec.

puntos pensábamos de muy diferente modo; y cono- cedor yo de su extremada susceptibilidad, evitaba con cuidado atacarle de frente al tratar de ciertos capítulos, y por lo mismo me limitaba á sólo amigables y delicadas insinuaciones en nuestras pláticas respecto de algunas buenas ideas que me propuse hacerle comprender.

En esa vez, no sé cómo, sacó á colación este asunto de las escuelas neutras, y sin más que más me espetó el siguiente sermonazo: «¡Gran Dios! ¿por qué no reconocer que el principio de la escuela neutra es un principio absolutamente justo? Dados los progresos de la ciencia, hay en la actualidad tantas y tantas cosas que aprender, que verdaderamente no sabemos ya por dónde se ha de empezar! . . . ¿Por qué razón no convenir en que el pedagogo se consagre á enseñar á los niños la lectura, escritura, ortografía, el cálculo y física, química, historia, etc., etc., etc., para que á los padres del niño y al Cura les quede el cuidado de hablarles de Dios?»

Al escuchar semejante lenguaje, estuve á punto de saltar de mi asiento; contúveme sin embargo, y con toda calma, pero al mismo tiempo con firmeza, le respondí:

—¡Oh caballero y señor! ¡Vaya si acabáis de proferir horrendas palabras!»

¡Pues qué! ¿Querriáis que al elegir los objetos de conocimiento que han de ofrecerse á la inteligencia del niño, en vez de colocar al frente de todos ellos el grande y sublime objeto que se llama Dios, prin-

cipio de todos los seres, explicación suprema de todas las ciencias, se le pusiera en el infimo lugar del jaez literario? ¡Qué digo! ¿Le excluiríais formalmente de la escuela y le relegaríais al último rincón de la familia?»

Al último rincón, digo bien; porque ¿cuántos padres de familia tendrían gusto y tiempo libre para desempolvar su memoria y hojear libros á fin de enseñar á sus hijos ampliamente los deberes que tienen para con Dios?»

¡Ah! Señor mío, ¡cuánto daño me han hecho vuestras palabras! Decidme, por favor: ¿qué diríais de una escuela en donde, con pretexto de no haber tiempo para enseñar á los niños tantas y tan divertidas cosas como en la actualidad hay, se descuidaran los deberes que tienen para con sus padres? ¿No clamaríais á voz en cuello diciendo que semejante escuela era *absurda, impía, criminal*? ¿No exigiríais, y con sobrada justicia, *vuestro lugar en la escuela*? Ahora bien: el lugar que halláis muy bueno para vos, se lo negaréis á Aquel que es *el Padre* por excelencia!»

La conclusión de mi historia es que aquel mi buen camarada quedó en el más profundo silencio.

Silencio que le permito á Ud. traducir, con palabras y con obras; y espero que desde las próximas vacaciones no se habrá de contentar con una escuela en que no se da *su lugar al Padre*.

EL PADRE NUESTRO.

¡Oh! Padre nuestro adorado,
Que llenas el infinito,
Tu nombre sea bendito,
Tu nombre santificado:
De tu Reino deseado
Veamos la majestad,
Tanta dicha tu Bondad
Nos dé pura, sin recelo,
Y en la tierra y en el cielo,
Hágase tu Voluntad.

Dame el preciso sustento
Que hé menester cada día;
Preserva la vida mía
De mal y de sufrimiento.
La tentación ni un momento
Fuerte aparezca conmigo,
Y Tú, invisible testigo,
Niégame el perdón severo
Si no perdono primero
La ofensa de mi enemigo.

CONCEPCIÓN ARENAL.



